

TERESA VIEJO

MIENTRAS LLUEVA

Nacemos con un libro. Si aprendemos
a leerlo, puede salvarnos la vida...
Aunque estemos muertos.



TERESA VIEJO

MIENTRAS LLUEVA



ESPASA © NARRATIVA

© Teresa Viejo Jiménez, 2015

© Espasa Libros S. L. U., 2015

Diseño de la cubierta: Departamento de Arte y Diseño, Área Editorial Grupo Planeta

Ilustración de la cubierta: © Laurence Winram / Trevillion Images

Mapa: Calderon STUDIO

Depósito legal: B. 12.804-2015

ISBN: 978-84-670-4472-0

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

Preimpresión: M.T. Color & Diseño, S. L.

Impreso en España/Printed in Spain

Impresión: Unigraf, S. L.

Espasa Libros, S. L. U.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

CAPÍTULO 1

La noche de su veintiséis cumpleaños es una noche de boleros rotos y citas devastadas antes de empezar.

La mesa permanece vestida. La melena y las uñas pulidas en la peluquería. En la nevera, el salmón y un champán francés conseguidos de estraperlo y en los cuales ha dilapidado el beneficio mensual de la botica. Ella, impecable. Inquieta al transcurrir los primeros minutos de retraso. Desesperada en los últimos.

Hoy, mientras recorría Madrid para ultimar sus recados, ha detectado en sus calles indicios de la inminente Navidad de 1945 a pesar de que apenas es 16 de diciembre, y de nuevo se ha sentido sola. La aflige este capítulo del calendario. Con la bandeja de petisús de Embassy entre las manos, se ha retraído a las tediosas tardes de domingo, años atrás, en que sus amigas tiraban de ella y su madre a fin de entretenerlas con chocolate caliente y churros. Entonces precisaban olvidar, o cuanto menos amortiguar el punzón afilado en que se había convertido el duelo de ambas. Su madre no pudo con él y ahora ella no puede con el dolor de haberla perdido.

Menos mal que existe Damián. Que solo posee ojos y oídos, piernas y brazos, para él. Y unas manos con las que urdir la madeja de amor que se les ha embrollado, y ahora cuesta desanudarla.

Corre el tiempo, y pasa de la mesa del salón de la que ha sido la casa de sus abuelos —donde nació su padre

y ha recibido el cariño más desinteresado del mundo, en el primer piso del número 17 de la calle Albuquerque—al sofá. Del sofá a la entrada, esperanzada de hallar sobre la tarima alguna de esas notas a las que Damián la tiene acostumbrada. Y de la entrada al teléfono, ansiosa por escuchar el sobresalto de su timbre. Ni una cosa ni otra.

A las diez de la noche baja a la farmacia. Teme no haber sido muy explícita precisando el lugar del encuentro y a lo peor la está esperando en la puerta.

No siente frío mientras levanta el cierre de hierro. Una vez dentro pulsa los interruptores, alza el tablero del mostrador y rastrea entre los estantes, agitando los fantasmas de las batas colgadas en el perchero, algún porqué de su ausencia. En la rebotica cambia de sitio los frascos que antes descansaban alineados sobre la mesa. Más de uno revienta contra el suelo. Las fórmulas magistrales que prepara con la conciencia de tener los ojos del padre clavados en su cogote se derraman por el piso y un reguero de lágrimas redibuja los diseños de los baldosines. Entonces se empiezan a despeñar las suyas sobre ellas.

Cuando logra recuperarse desanda sus pasos hacia el piso y, tras recoger el bolso y un abrigo, toma un taxi en dirección a la plaza de Cibeles. Minutos después se aproxima al mostrador del Hotel Palace. El recepcionista la inspecciona de arriba abajo tras comprobar que van a dar las once y no parecen horas para una mujer sola. Ella se da cuenta.

—Disculpe las horas, pero me urge localizar a un cliente —dice, esforzándose por hablar tranquila—. Es por un motivo familiar.

Le anota su nombre para no incurrir en un error. El empleado dilata la consulta. Se dirige a quien representa ser su jefe y regresa.

—Señorita, no hay nadie hospedado con estos datos.

—¿Quiere decir que se ha marchado?

—Quiero decir que no lo hay. He revisado el archivo de registros del último mes y no aparece. Puede que se confundiera usted de hotel.

—Sí, va a ser eso —se excusa, percibiendo el incendio de sus mejillas—. Las urgencias es lo que tienen, nervios y... Gracias, muy amable.

* * *

El retorno a su domicilio cristianiza las calles en un erial y su ánimo en un cementerio.

—¿Mal día? —pregunta el taxista, mientras le pasa un pañuelo—. Quédeselo. Guardo una colección con los que la gente se olvida. Mi mujer los lava, los plancha y los deja como nuevos. Lo que hago es volver a ponerlos en circulación. La gente llora mucho en los taxis.

—Es mi cumpleaños —atina a reconocer.

—¡Oh, no! Nadie debería llorar en una fecha así, salvo de alegría.

Sin embargo, a ella le ha resultado el día más amargo del año. Más incluso que ese otro en que murió su madre y el pasado devino en un mero álbum de fotos. Y el concepto de familia quedó reducido desde entonces a un par de apellidos sin más representación que la suya.

* * *

Las siguientes mañanas las ha dedicado a despachar medicamentos. Y las madrugadas a rumiar recuerdos.

El jueves 19 ha sonado el teléfono al poco de entrar en la casa. Su corazón lo ha descolgado dando brincos. Se figura a Damián al otro lado y se dice que debe perdonarle el olvido de su cumpleaños, su ausencia sin explicaciones. Mientras abraza el auricular se deshace de amor.

—¿Lucía? ¿Eres tú, querida? —preguntan entre interferencias.

La desilusión le ha enronquecido la voz, siendo incapaz de proyectarla más arriba de su faringe.

—No. Ella no está. Soy su hija.

Qué estupidez maquillar lo inevitable. Por qué diantres se le hace tan difícil contestar que Lucía, su madre, ha muerto. La mujer del otro lado es Eunice, una tía política, que tiene a bien llamar dos veces al año: por Todos los Santos y antes de Navidad. Siempre la atendía su madre, pero al no dar con nadie la última vez desistió. Así se lo aclara algo desconcertada.

Desde que ingresó en la universidad, se cortó el pelo, renovó su vestuario en Sederías Carretas y tomó su primer tranvía en solitario, era extraño que se pusiera cuando ella telefoneaba, pues no entendía un formalismo que la obligara a saludar a una señora a la que no había visto jamás; por tanto, está a punto de inventariar su dolor a una desconocida. A una fotografía desleída. Una vez informada, Eunice muestra tanta conmoción que parece sincera.

—Querida niña, solo quedamos tú y yo —asegura al despedirse—. La Constante es tu casa. Nunca lo olvides, aquí está lo que queda de tu familia dispuesta a darte un abrazo.

Le ha emocionado el afecto de alguien a quien no conoce en persona y, tras colgar, el nudo de la garganta le ha brotado por los ojos.

* * *

Durante la ajetreada mañana del viernes 20 de diciembre truena el teléfono en la farmacia.

—Hola, ¿qué tal te encuentras? —inquire Damián al descolgar.

La afluencia de clientes no le permite responder como quisiera.

—Tengo el local lleno, ahora no puedo...

—Tranquila, no pretendía molestarte. Hablaremos en otro momento.

—¡Noooo! —gruñe ella, comprobando la elasticidad del cable mientras se esconde en la rebotica—. ¿Qué sucede? ¿Qué te pasa?

—Nada, solo pretendía felicitarte las Pascuas.

—¡¿Cómo?! —exclama incrédula—. Tenemos que vernos.

Tras un fatigoso tira y afloja, quedan citados a las cinco de la tarde del domingo. Ni siquiera se ha ofrecido a recogerla y ha preferido encontrarse en un lugar público: «Junto al merendero del puente de los Franceses». Ella ha aceptado sin rebatir.

Hasta entonces procede escribir las razones que habrá de sostener cuando le vea. De ese modo inicia una carta donde resume lo que ha venido sintiendo estos meses, pero al darse cuenta de que el día 22 se cumple el aniversario de su primer beso, la hará añicos. Al final condensará su mensaje en pocas líneas. Lo hará dos veces en el acostumbrado papel azul y guardará en el bolsillo del abrigo estas copias por temor a extraviar lo que tantísimo le ha costado redactar. El destino que le acecha es incierto.

¿Qué ha sucedido para que ese ideal de amor se esfume?

Si fuese cierto que la costumbre termina por fulminarlo, a ellos ni siquiera les ha dado tiempo a la costumbre.

* * *

No es ella desde que volvió de su encuentro con Damián. Puede que nunca vuelva a serlo.

Ahora su afán se centra en identificar algún anclaje que le ayude a fortalecerse y exterminar así sus demonios. Sostén, ayuda. Un estímulo. Un tronco donde agarrarse en mitad de ese mar que la acorrala y lo fagocita todo. Y solo distingue la invitación de Eunice a La Constante. Poco importa que se tratara de un gesto de cortesía, porque se aferra a su ofrecimiento como náufrago a salvavidas.

De esta forma proyecta un viaje que posee la improvisación de cualquier marcha apresurada: unas maletas

que rebosan con lo que no sabe si necesitará, las cortinas echadas, las persianas bajadas sin dejar tregua al sol. Papeles caducos en la basura. Un cartel de «Cerrado por motivos personales» en la puerta de la farmacia el mismo día de su decisión. El cierre asegurado con candados, antes de dirigirse a la estación la última tarde.

Sin rastro de ella. Simplemente desaparece.

CAPÍTULO 2

Empezar de nuevo. Inventarse. Tratar de borrar mediante una goma el trazo que lastima, antes de descubrir espantada que no está dibujado con un lápiz sino con tinta indeleble. Subirse a un tren y susurrar bajito al compás de su traqueteo: «Sácame de aquí».

Las gotas de lluvia ondulan por la ventanilla batiendo el cristal. Su frío le cala tan dentro como el miedo, que le ha atornillado un embudo en la boca del estómago por el que apenas cae alimento. El miedo es una capa invisible de la piel y el suyo sigue acechando, dando la cara en cuanto se relaja.

Son las siete treinta y cinco. Se endereza y salta de la litera. Un sombrío manto cubre el cielo y al fondo del paisaje apenas se distingue una mancha que debe de ser el mar. Tras años de fabular con el aspecto del Cantábrico, ahora se revela una imperfección del horizonte. Un borrón de pintura esparcida a lo ancho de la acuarela que contemplan sus ojos. Verde, marrón, gris. Más gris.

—Disculpe —advierde el revisor al otro lado de la puerta—. Estamos llegando a El Norte y la parada es breve; como usted pidió que...

—Gracias —zanja ella cortante—. Estaba despierta.

Al acomodarse en el vagón, temió quedarse dormida pues el viaje era largo y estaba exhausta, pero no ha sido mejor noche que las anteriores y habrá dormido tres o

cuatro horas a lo sumo. Echa un último y lastimero vistazo al exterior, según se dice que debe ponerse en marcha.

Cuando se mira al espejo para peinarse, contempla dos barcas moradas bajo los ojos.

* * *

El viento revolotea su cabello al abrirse la puerta del vagón y sacude un letrero de madera con la amenaza de hacerlo jirones. El Norte, anuncia en una letra antigua, de principios de siglo, fecha en la que calcula que debió de proyectarse la estación. Su bienvenida reducida a un decrepito anuncio.

—¿No piensa bajar? —pregunta el revisor del tren—. Es usted la única pasajera que se apea aquí.

—Sí, solo que no he traído paraguas —se excusa.

—Le aseguro que esto no es llover. Aquí si llueve, lo hace a conciencia.

Entre la cortina de agua contempla las mayúsculas dimensiones de aquello que le rodea: las entretejidas copas de los árboles acaparando la perspectiva de la estación, la ladera verdeando detrás con una vegetación asfixiante y ese mar bravío que imagina al fondo.

Deja el tren a su espalda y anclada en el andén busca a derecha e izquierda la figura de una mujer sesentona, con gafas y aspecto de institutriz. Eso es para ella Eunice, la viuda de Ninu, o Benigno, el tío a quien nunca llegó a conocer. En realidad no ha puesto más cara a la familia materna que los trazos de unas pocas fotografías guardadas por sus padres; de hecho, ha debido de construir su pasado en función a ese abanico de cartulinas en blanco y negro, pues los tres tíos ya han fallecido. Su madre, Lucía, apenas aludía a la pérdida de los suyos, en cambio sí hablaba de una infancia consentida por sus padres y hermanos mayores, valorando Malpaís como la tierra más idílica y fecunda del planeta, que alumbraba tanto pastos como oro y plata. O narraba, medio en francés medio en

castellano, el glamur parisino de los años en los que intimó con quien se convertiría en su esposo.

Eunice no aparece y empieza a impacientarse. Hace una temperatura glacial, por lo que instintivamente comprime el cuello de un abrigo azul cobalto, conjuntado con un traje de chaqueta que, pese a ser de lana, abriga poco. Es su prenda de los domingos. En la maleta guarda la otra: el abrigo marrón de su madre cuya espectral presencia no puede soslayar.

¿Y si no la esperasen? Imposible. Si no hubiese recibido la carta remitida por el administrador, podría temer que su anuncio nunca hubiese llegado al destino —«... le comunico el agrado de la señora Eunice de Monteserín a recibirla en su finca La Constante»—, pero ese folio daba el visto bueno a su telegrama: «ACEPTO GENTIL INVITACIÓN. LLEGARÉ ENTRE 5 Y 7 DE ENERO». Hoy, día 6, pisa la tierra materna por primera vez.

Llegar hasta aquí forma parte de su plan de huida. Una hoja de ruta que, no obstante, debe ir improvisando.

* * *

Un mozo, que segundos antes comía altramuces en el andén, acarrea ahora sus pesadas maletas mientras ella se atusa el peinado porque la humedad ha empezado a encresparlo. Se ve mejor en este espejo. Sigue estando pálida, pero sus ojos brillan más. Se ensaliva las yemas y peina la línea de las cejas. Después se pellizca las mejillas.

—La señora Eunice me manda por usted —la sobresalta la voz de un hombre—. Soy Mauro, el chófer.

—Llevo rato esperando —responde a la defensiva tras sorprenderle en plena coquetería. Entrega un billete de dos pesetas al chico y al pobre se le ilumina la cara como si hubiese visto a la Virgen.

—Tardaremos —pronostica Mauro al arrancar—, porque la carretera está mal. Ha llovido mucho.

—En Madrid nevaba. ¿Pasamos cerca del mar?

La cuestión se ha quedado suspendida en el aire. Ella vuelve a repetirla y el conductor a ignorarla otra vez. No obstante, en pocos minutos, el Cantábrico termina golpeándola en la frente, igual que esas puertas que uno no distingue hasta que se da de bruces contra su impoluto cristal. Tras una revuelta, ascendiendo la ladera, se des-pereza al fondo del acantilado.

Su primera impresión es la de un mar turbador y desafiante. Podría pasarse horas mirándolo; sin embargo, se perdería el océano de las praderas, los huertos y sus animales, los setos cuajados de zarzas. Su madre se jactaba de que se le habían antojado unas moras en pleno parto y ese era el motivo por el cual ella posee un lunar del tamaño de una uña en el muslo. El antojo materializa el cordón umbilical que nunca rompen las madres y sus hijas.

—¿Qué es aquello? —inquire curiosa.

Acaba de descubrir un sendero a la izquierda y al final de él aparece un cúmulo de ruinas. Pronto va a averiguar que este paisaje dirige el destino de las personas que lo habitan.

—¿Me ha oído, usted? —insiste al conductor—. ¿Qué es eso tan extraño de allí arriba? —pregunta, advirtiendo la ojeada que a vuelapluma le ha dedicado a través del retrovisor.

Los árboles dejan entrever unas edificaciones descabezadas cuyas hechuras apuntan ser más ambiciosas de lo que se atisba desde la carretera. O quizá sea una única vivienda desgajada en pabellones, aunque ahora reducidos a moles de pedruscos apilados en montones informes. Emanan el desamparo de haber padecido el asedio de huestes enemigas durante años.

—Ahí no hay nada —responde el chófer por fin. Su voz es afilada.

—No le he preguntado qué hay, sino qué es.

—Una mansión. Vieja y abandonada.

—¿Cuánto de vieja? ¿Un siglo, dos?

—Menos.

—¿Menos? —No comprende su deterioro entonces.

Justo en ese momento el vehículo alcanza el punto más elevado de la colina y desde aquí debe emprender un suave descenso que desembocará en La Constante. A la derecha, una alfombra tejida con espuma y agua batida que se extiende hasta el brumoso horizonte. En el lado opuesto el viento azota la vegetación en dirección a la cumbre donde se yerguen las ruinas. Desde esa cima la carretera prosigue su trayectoria en forma de una uve cerrada, trazando una curva de nula visibilidad. Los dos guardan silencio mientras el coche bordea el acantilado porque la maniobra impone. Al iniciar la bajada, el viento amaina y las nubes adelgazan, en cambio el bosque se torna más frondoso. Parece que estuvieran adentrándose en otro país.

Intrigada, rastrea otra vez las ruinas para descubrir su alzado posterior. De este modo, igual que un cambio en el ángulo de visión de un espacio revela una realidad distinta dentro de este, ve que la perspectiva ha alumbrado un lugar diferente. Es la cara oculta de la luna.

—No está abandonada —murmura—. ¿Oye lo que le digo? Hay hiedra en la fachada... tiene las contraventanas abiertas y...

—Ardió —sentencia el conductor—. La casa se quemó hace años.

—¿Un incendio? ¿Cuándo fue? —pregunta más para ella que para el chófer. Y él así lo entiende, pues no responde.

Aquellas renegridas piedras no están malogradas por la erosión del tiempo, sino por una tragedia, pero le cuesta concebir que un lugar con el océano a sus pies hubiera sucumbido al fuego como si nada. Qué azaroso todo, piensa, y es natural saltar de una nostalgia a otra: tratando de imaginar el desgarró con el que sus moradores se vieron forzados a desprenderse de semejante belleza, recuerda el de su madre al abandonar la casa de la colonia Prosperidad. Cuatro fachadas de cemento enfoscado, un

minúsculo jardín delantero y otro a la espalda; ciento cincuenta metros cuadrados en dos plantas que de niña le parecían un palacete. La casa de la calle Cabeza Reina en la cual había aprendido a aporrear las teclas del piano y se había enamorado de los libros de química de su padre, donde calzó sus primeros zapatos de tacón o donde nunca prosperaron las camelias ni las hortensias porque las heladas del invierno madrileño las achicharraban, por más empeño que pusiera su madre en replantarlas. «Me recuerdan a Malpaís —aclaraba Lucía—, y prometo que no moriré hasta que alguna eche raíces y adorne la fachada». No lo cumplió.

* * *

El chófer y ella han proseguido en silencio el resto de un trayecto que les ha llevado a orillar la carretera asfaltada y desviarse por un camino de tierra y grava. Las palabras no son la sutura idónea para una herida que aún no ha cicatrizado.

A unos cuatro kilómetros del desvío, tras chapotear sobre todos los charcos enfangados del mundo, el hombre ha frenado el coche ante unas herrumbrosas puertas encastradas en una valla de piedra, y se dispone a abrirlas. Mientras las arrastra, se da cuenta de que su dificultad al moverse no se debe solo a su edad: está cojo. De pronto le provoca lástima. En lugar de sentarse al calor de la lumbre en su hogar, arropado por el cariño de sus nietos, soporta la llovizna del exterior y los recelos de una desconocida. Se conmina a no azuzarle más durante el resto del trayecto.

Una vez dentro de la finca advierte la decoración de la verja: sus puntas de lanza están coronadas por una suerte de estrambótico sol en cuyo centro, a modo de ojos, nariz y boca, se insertan unos caracoles marinos; sobre él destaca el nombre de La Constante. Alrededor de su contorno, veintiún rayos alternan los colores negro y rojo. Le

resulta anómalo que las letras tengan que leerse desde el interior de la propiedad.

* * *

La casa de La Constante es una edificación medida si se tiene en cuenta lo pretenciosos que son sus dominios; hasta dar con ella ha sumado huertas, jardines, rosaledas, parterres con flores en pleno enero, cenadores y pérgolas. De estilo indiano, posee una fachada en roca caliza de tres alturas y una cuarta en forma de minarete central. Se asemeja a las que ha visto en la lejanía durante el viaje en tren. Su primera impresión le contagia una sensación de vejez y suciedad.

Una escalera exterior de doble tiro transporta a la entrada. Los setos lucen descuidados y la hierba crece con tal libertinaje que ha cubierto sus zapatos y pronto los tiñe de verde. Ventanas de madera con arcos de medio punto y cortinas echadas. A lo alto, inquietantes gárgolas rematan los tejadillos.

—La señora Eunice me ha dado esto para usted. —La voz de Mauro, el chófer, la devuelve a la realidad mientras le pasa un sobre—. Dice que lo que necesite se lo pida a la Refugio. La avisará cuando vuelva.

—¿Cómo? ¿No está mi tía?

—¡No! Está de viaje con el señorito Gabriel.

—¿Señorito Gabriel? ¿De quién habla?

—Del niño. Siempre está enfermo. Se han ido a ver si le encuentran remedio. —Y le alarga la carta.

A continuación el hombre sube a duras penas el equipaje y agita la campana del timbre. Ver su nombre en el sobre es una condena perpetua: Alma Gamboa Monteserín.

—¡Vaya, llegó la invitada! —oye gritar a una mujer—. Pero no se quede ahí, muchacha, que va a coger una pulmonía.

Se reconoce tan abrumada que tarda unos segundos en reaccionar. De algún modo presiente que quien aban-

donó Madrid hace pocas horas no se trata de la misma persona a la que se dirige la nota. Debe irse acomodando a esta idea. Cuando se cruza con él, Alma extiende la mano al chófer.

—¡Mauro! Ese era su nombre, ¿verdad? Gracias por todo.

El empleado, poco acostumbrado a las muestras de cortesía, se la estrecha bajando la cabeza. De repente la levanta y, en actitud provocadora, suelta:

—Providencia. La mansión se llamaba Providencia.